

de Dios. Ella es madre de la pureza; cáusala horror un corazón impuro; aplicate á vivir constantemente con la mayor inocencia, y en conservarte en una pureza de alma y cuerpo á prueba de todos los accidentes y de todas las tentaciones.

2 No te apliques menos á imitar las demás virtudes de la santísima Virgen. La humildad fué siempre su virtud favorecida; la modestia constituyó en parte su carácter. Sé humilde, sé modesto si quieres ser devoto de la Madre de Dios. Es excelente medio para conseguir esta modestia y esta humildad pedírsela á Dios, alegando este mismo motivo de ser así mas devoto de la santísima Virgen. Aplicate desde hoy á conseguir esta humildad y esta modestia, aprovechando todas las ocasiones que suelen ser frecuentes; y cuando practicas los actos de humildad, de circunspeccion y de modestia, hazlo por imitar á aquella Señora á quien amas y á quien sirves.

DIA XVI.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS CORNELIO Y CIPRIANO, pontífices y mártires, cuyo glorioso tránsito se celebra el día 14 de este mes. (*Véase su historia en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE SANTA EUFEMIA, virgen y mártir, en Calcedonia; la cual en tiempo del emperador Diocleciano y del procónsul Prisco, por amor de Jesucristo superó los tormentos, las cárceles, los azotes, la invencion de las ruedas, el fuego, el peso de un peñasco, las fieras, las heridas de las varas, las sierras agudas y las sartenes hirviendo. Mas llevada otra vez al teatro y espuesta por segunda vez á las fieras, se puso en oracion pidiendo á Dios que recibiese su alma, y entonces una de las fieras le mordió su santo cuerpo, mientras las demás le lamian los pies, y así entregó su alma pura al Señor. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES LUCÍA, noble matrona, y GEMINIANO, en Roma; los cuales afligidos con gravísimas penas y atormentados por largo tiempo, habiendo merecido la loable victoria de su confesion, fueron degollados por orden de Diocleciano.

LOS SANTOS MÁRTIRES ABUNDIO presbítero, y ABUNDANCIO diácono, en Roma en la via Flaminia; los cuales por orden de Diocleciano emperador, fueron degollados á diez millas de Roma, juntamente con MARCIANO, hombre ilustre, y JUAN su hijo, á quien habian ellos resucitado.

SANTA SEBASTIANA, mártir, en Heraclea en Tracia; la cual convertida á la fe de Cristo por el apóstol S. Pablo, habiendo sido tentada su constancia por diversos modos en tiempo del emperador Domiciano y del presidente Sergio, por último fué degollada.

LOS SANTOS MÁRTIRES ROGELIO Y SERVIO DEO, en Córdoba, quienes despues de haberles cortado las manos y los pies, fueron degollados. (Véase su historia en las de hoy.)

SAN NINIANO, obispo y confesor, en Escocia.

SANTA EDITA, virgen, hija de Elgardo rey de los ingleses, en Inglaterra; la cual consagrada á Dios en un monasterio desde su niñez, abandonó el mundo antes de conocerlo. (Véase su vida en las de hoy.)



S. CORNELIO, PAPA.

SAN CORNELIO, PAPA Y MÁRTIR.

SUCEDIÓ S. Cornelio á S. Fabian mártir el año del Señor de 251, en tiempo en que la persecucion de Decio contra la Iglesia era tan violenta, que se pasaron diez y seis meses desde el martirio de S. Fabian sin poderse juntar los fieles para proceder á la eleccion de papa. Pero mitigándose un poco dentro de Roma el fuego de la persecucion despues de la revolucion de Julio Valente, se congregó el clero romano, compuesto á la sazón de cuarenta y seis presbíteros, siete diáconos, siete subdiáconos, cuarenta y dos acólitos y cincuenta y dos exorcistas, lectores y ostiarios; todos los cuales, de unánime consentimiento, eligieron por papa á S. Cornelio, que á la sazón era presbítero de la Iglesia romana. Este unánime consentimiento, aplaudido universalmente de todos los fieles, cuyo número dentro de la misma Roma era á la sazón prodigioso, y celebrado de todos los obispos de la cristiandad en las críticas circunstancias de aquel tiempo, es el mayor elogio de nuestro Santo, y hace formar el mas elevado concepto de su eminente virtud y de su mérito, el que no se reconoce menos por lo que de él nos dejó escrito san Cipriano. «Despues de haber sido elevado á la dignidad episcopal, dice este grande hombre, sin cohechos, sin artificios y sin violencia, puramente por la voluntad de Dios, á quien únicamente pertenece hacer y elegir obispos; ¡cuánta fe, cuánta virtud y cuánta resolución mostró en el valor con que se sentó sobre la cátedra episcopal á tiempo que un tirano, enemigo de los obispos de Dios, sufriria de mejor gana un competidor al trono, que un obispo de Roma! A vista de esto, ¿no nos vemos todos obligados á celebrar igualmente su magnánima resolución que su heroica fe? ¿no debemos contar en el número de los confesores y de los mártires al que estuvo sentado tanto tiempo esperando cada dia á sus verdugos, y á que viniesen los ministros del tirano á vengar en él con la espada, con las cruces, con el fuego ó con algun otro extraordinario género de suplicios el generoso desprecio que hacia de sus detestables edic-

tos, de sus amenazas y de sus tormentos? Así, pues, aunque la bondad y el poder de Dios protegió al obispo que el mismo Señor había elegido, bien se puede decir que Cornelio padeció por su zelo y por su teson todo lo que podía padecer, y que venció al tirano con sus virtudes episcopales antes que fuese vencido de él por la fuerza de sus armas.»

Por estas sus grandes virtudes, por el singular mérito de nuestro Santo, por su eminente sabiduría, de que en muchas ocasiones había dado ilustres pruebas contra los herejes, y por su piedad sobresaliente era ya llamado desde mucho tiempo antes *el santo presbítero*, no menos que por aquella modestia y aquella humildad, único estorbo que fué preciso vencer para que consintiese en su consagración; y en fin, por aquella dulzura y por aquella caridad que le mereció el renombre de padre de los pobres.

Luego que se vió sublimado á la silla de S. Pedro, dió las mas gloriosas pruebas de su virtud, de su zelo y de la intrepidez de su fe. Novato, presbítero africano, insigne facineroso, y hombre verdaderamente malvado, que por evitar su condenación en Cartago había venido á refugiarse y á esconderse en Roma, temiendo todo cuanto había que temer así de la firmeza y de la santidad del nuevo papa, como de su estrecha union y buena inteligencia con S. Cipriano, puso en movimiento todos sus artificios para huir el cuerpo á las censuras; y viendo que no le salian como deseaba, maquinó formar un cisma; estrechó amistad con Novaciano, presbítero de la Iglesia de Roma, hombre tan perdido como él, y determinó elevarle al pontificado en lugar de san Cornelio. Comenzó publicando atroces calumnias contra el santo papa; y habiendo engañado á tres obispos extranjeros, tan sencillos como ignorantes, despues de haberles dado un gran convite, los obligó á que consagrasen á Novaciano por obispo de Roma; y este fué el primer cisma de la Iglesia romana. No podia ser consagración mas irregular ni por la forma, ni por el sugeto. Los dos cismáticos añadieron á la division del cisma el error de la herejía, defendiendo que no se debía recibir á penitencia al que despues del bautismo cayese en alguna culpa grave. A estos errores agregaron otros sus discípulos, que desde luego se comenzaron á llamar los novacianos, sosteniendo que los pecadores debían ser rebautizados, y condenando las segundas nupcias. Celebró S. Cornelio un concilio en Roma el año de 251, en el cual fueron condenados los novacianos, y proscritos sus errores, singularmente el de que no fuesen recibidos á penitencia los que se llamaban *lapsos ó caídos*; esto es, aquellos que en la per-

secucion habían abandonado la fe por temor de los tormentos. Mucho tuvo que sufrir S. Cornelio por parte de los heresiarcas y de sus secuaces; pero esto mismo cedió en mayor lustre de su virtud y de su zelo. No se pueden esplicar los trabajos que le fué preciso padecer para preservar del contagio á su rebaño, entendiéndose á todo el mundo cristiano su vigilancia y su solicitud pastoral; admirando y ensalzando todos la Divina Providencia por haber dado tan santo papa á su Iglesia en tiempos tan nebulosos.

Mientras tanto, habiéndose mitigado un poco la persecucion hácia el fin del imperio de Decio, se volvió á encender en tiempo de Galo su sucesor. No se había olvidado de los fieles nuestro santo pontífice mientras duró la calma; por lo que la nueva persecucion los halló bien prevenidos contra todos los peligros. El pastor precedió en todo al rebaño con el ejemplo. Fué arrestado el primero de todos; y confesó la fe de Jesucristo en medio de los tormentos con tanto valor y con tanta intrepidez, que espantó á los jueces y cansó á los verdugos. A vista de su constancia en medio de los mayores suplicios, temieron los gentiles que su ejemplo no hiciese inmóviles en la religion á los cristianos, que á la primera noticia de la prision de su santo pastor corrieron valerosamente al campo de batalla, prontos á defender la causa de Jesucristo á costa de su sangre. Movidos de esto los ministros del emperador, le condenaron á muerte; y el dia 14 de setiembre del año 252 coronó este gran Santo su vida con un glorioso martirio. Muchos creen que le padeció en Civita-Vecchia, donde al principio había sido desterrado; pero S. Jerónimo asegura que le padeció en Roma: y como sucedió en el mismo dia en que la Iglesia celebra la Exaltación de la Cruz, se trasladó su fiesta al dia 16.

SAN CIPRIANO, OBISPO Y MÁRTIR.

EN el mismo dia celebra la santa Iglesia el glorioso martirio de S. Cipriano, obispo de Cartago, grande ornamento del órden episcopal, y una de las mas resplandecientes antorchas de su siglo. Nació en Africa, y aun algunos son de sentir que en la misma Cartago, de casa senatoria, tan distinguida por sus opulentos bienes como por su antigua nobleza. Ignóranse los sucesos de su juventud: solo se sabe que fué instruido en las artes liberales; y que como tenía un ingenio vivo, pronto, perspicaz, sublime y brillante, hizo tan extraordinarios progresos en las bellas letras, que siguiendo su natural inclinación enseñó retórica en la misma

Cartago. Acreditan bien sus escritos que sabia con perfeccion todos los primores de este arte. Pero tenia la desgracia de no ser cristiano; desdicha que le precipitó en todos los desórdenes de una licenciosa juventud. Casóse, y tuvo hijos, á tiempo que la divina Providencia, que le tenia escogido para inmortal honor de su Iglesia, le deparó un santo presbítero, llamado Cecilio, el cual, descubriendo los grandes talentos de entendimiento y de corazon de que el Señor le habia dotado, se lastimó mucho de lo mal que usaba de ellos. Estrechó amistad con él, y en sus santas y frecuentes conversaciones le fué poco á poco enseñando la ciencia de la salvacion que ignoraba hasta entonces. Abrióle los ojos la gracia, y al mismo tiempo abrasó su corazon. Resolvió convertirse; y luego que se declaró catecúmeno tomó la resolucion de vivir en continencia, y persuadió la misma virtud á su mujer. Recibido el bautismo cedió á sus hijos una parte de sus bienes, y distribuyó el resto entre los pobres.

Hízose santo desde que se hizo cristiano. En ninguna cosa fué mediano un hombre que en todo era grande. En memoria y en reconocimiento al presbítero Cecilio, que le habia convertido, tomó en su bautismo el sobrenombre de Cecilio. El mismo día que se bautizó, precediendo el consentimiento de su mujer, se retiró á una especie de vida solitaria, dedicándose únicamente al estudio de las sagradas letras y de la importante ciencia de la salvacion. Hizo en ambas facultades tan asombrosos progresos, que en menos de cinco años era ya tenido por uno de los hombres mas sabios de su tiempo, y por uno de los mayores santos de su siglo. En atencion á esto, siendo todavia neófito, es decir, recién bautizado, por aclamacion de todo el clero y de todo el pueblo fué elevado á la dignidad sacerdotal. Apenas se ordenó de presbítero cuando se arrastró la universal veneracion y el general concepto, reputándole todos por modelo de perfeccion á toda la clerecia, y por especial ornamento de la iglesia africana. Por eso, inmediatamente que vacó la silla episcopal de Cartago no se deliberó ni un solo momento en colocarle en ella. Murió Donato, obispo de Cartago, el año de 248, y en el mismo punto el clero y el pueblo pidieron á una voz por obispo suyo á san Cipriano. Escondióse inútilmente, fué descubierto, fué conducido á la iglesia, y fué consagrado por obispo en medio de las aclamaciones y á presencia de gran número de prelados.

Elevado á la primera silla de la iglesia africana, no hizo novedad ni alojó un punto en su vida humilde, modesta y penitente. Sus rentas no eran para él, sino para los pobres. Bastaron sus ejemplos para reformar las costumbres y para corregir los abu-

sos que se habian introducido aun en los mismos clérigos; mostrando siempre tan generoso zelo como firme y constante teson en mantener la disciplina eclesiástica. Su caridad era inmensa y universal, estendiéndose á todo el mundo; y aunque tuvo que sufrir deshechas y furiosas tempestades, jamás dejó de atender á su rebaño con todo el cuidado posible. El vivo deseo que ardia siempre en el corazon de nuestro Santo de derramar su sangre por la fe de Jesucristo, le incitaba continuamente á ir él mismo á desafiar á los suplicios, presentándose el primero al furor de los tiranos; pero le representaron el peligro en que dejaria á su grey, no menos que el dolor y la desolacion de todo su querido rebaño si sucediese la precipitada muerte de su adorado pastor. Por esta sola consideracion se escondió, y mas estando bien informado de que los gentiles solamente buscaban al obispo, firmemente persuadidos á que pereciendo el pastor, presto se esparramarian las ovejas: en el anfiteatro no se oian mas que gritos y clamores de los idolatras que pedian á Cipriano para lograr el gusto y la diversion de verle espirar en medio de los suplicios. Salió, pues, de Cartago, despues de haber declarado á los fieles el motivo que tenia para retirarse, y se quedó escondido en un paraje no distante de la ciudad, desde donde velaba siempre sobre sus ovejas, dando providencias para asistir las en sus necesidades. No es fácil esplicar los desvelos y los trabajos que padeció por su querido rebaño, ni su solicitud pastoral en mantener á los fuertes, en animar á los flacos, y en sostener á todos en aquellos dias de persecucion. Desde su retiro escribió muchas epístolas á su pueblo, á su clero, á los confesores y al clero de Roma, cuya apostólica silla estaba á la sazón vacante. Llamaba á lugares escondidos y á sitios retirados, ya á los unos, ya á los otros, para alentarlos y fortalecerlos en la fe. Dió providencia para que enterrasen de noche los cuerpos de los santos mártires, para que se procurasen todos los alivios posibles á los que eran atormentados, para que los curasen las heridas, y nada faltase á los santos confesores.

Ofrecióle nueva ocasion de manifestar su infatigable zelo pastoral una furiosa peste, que por el mismo tiempo asoló aquella grande y populosa ciudad. Proveyó eficazmente á las necesidades espirituales y corporales de los enfermos abandonados. Entendióse su inmensa caridad hasta los mismos gentiles, asistió y convirtió un crecido número de ellos, y supo hacer conquistas para Jesucristo en medio de la misma persecucion.

De tiempo en tiempo padeció algunos remordimientos sobre su retiro, representándosele flaqueza, pusilanimidad y cobardía.

Consultó sus escrúpulos con Roma, que le aseguró y le aprobó su conducta. Mientras tanto, á pesar de los trabajos y de los frutos de su zelo, muchos cristianos de Cartago padecieron la flaqueza de apostatar de la fe por temor de los tormentos: unos en secreto, consiguiendo de los magistrados á fuerza de dinero billetes ó certificaciones falsas de haber idolatrado; y otros públicamente ofreciendo incienso á los ídolos, ó comiendo viandas sacrificadas á ellos. Lloró y gimió S. Cipriano sin perdonar á diligencia alguna para escitarlos al dolor y penitencia de su apostasia. Muchos se avergonzaron y se arrepintieron con resolucion de volverse al rebaño de los fieles; pero atemorizados con el rigor de las penitencias que imponian los cánones á este delito, recurrieron á los confesores y á los mártires que estaban en las cárceles, como á poderosos intercesores, y alcanzaron de ellos otros billetes ó cédulas de reconciliacion, en las cuales pedian los santos mártires que aquellos apóstatas arrepentidos fuesen admitidos á la comunión de los fieles, y se les moderase la penitencia. Como la Iglesia hacia tanto y tan justo aprecio de aquellos generosos confesores de Jesucristo, los concedia esta indulgencia; pero presto abusaron de ella los que habian apostatado; y hallando por otra parte ministros demasidamente indulgentes, eran reconciliados sin imponerles penitencia alguna. No pocos de los mismos apóstatas comerciaban sacrilegamente con los billetes de reconciliacion, vendiéndoselos á otros que por su escandalosa vida no los habian podido conseguir. Clamó toda la Iglesia contra este desorden. Escribió el clero de Roma á S. Cipriano, que desde el fondo de su retiro gritaba mas que todos contra estos libeláticos. Aprovechóse de esta ocasion el presbítero Felicísimo, hombre vano, de malas costumbres, y que nunca habia podido llevar en paciencia la virtud, el mérito y la universal estimacion de nuestro Santo, poniendo en movimiento cuantos medios pudo para desacreditarle y para formar un cisma en la iglesia de Cartago. Logrólo; porque agregándosele cinco obispos que habian apostatado durante la persecucion, hizo consagrar por obispo de Cartago al presbítero Fortunato. Sin embargo de ser tan irregular como violenta y abominable esta consagracion, no dejó de tener parciales y defensores que hicieron cuanto pudieron para sorprender la religion del papa S. Cornelio; pero no les fué posible conseguirlo. Descubrió el santo pontífice toda la malignidad del partido, y condenó sus enredos, embustes y maniobras.

Murió mientras tanto el tirano, sucedió la calma á la persecucion, y S. Cipriano se restituyó á su iglesia. El año de 251 con-

vocó un concilio provincial en que se arregló la penitencia de los que en la persecucion habian apostatado. Fueron escludos para siempre del cuerpo del clero los eclesiásticos que hubiesen caido en la idolatria, y admitidos á reconciliacion los libeláticos, escepto los que hubiesen apostatado públicamente. A éstos solo se les debia dar la absolucion en caso de grave y peligrosa enfermedad, con tal que hubiesen comenzado á hacer penitencia en sana salud. El presbítero Felicísimo y todos los demás que persistian en el cisma fueron condenados. Como los novacianos que se hallaron en Roma no pudieron preocupar el ánimo del papa S. Cornelio contra nuestro Santo, para vengarse de él procuraron que fuese elegido un cierto Máximo por obispo de Cartago; pero tuvo la misma suerte que Fortunato, y los cismáticos no pudieron conseguir con todas sus maniobras que el santo obispo en muy breve tiempo no restituyese á todo su primitivo vigor la disciplina eclesiástica en la capital de su obispado.

Habiendo vuelto á encenderse el fuego de la persecucion en el imperio de Galo, y habiendo recibido en ella la palma del martirio el papa S. Cornelio el año de 252, como lo llevamos dicho, le sucedió no menos en el martirio que en la silla el pontífice S. Lucio, en cuyo lugar fué colocado S. Estéban el año de 254, y en su pontificado se escitó entre él y S. Cipriano la célebre disputa sobre lo válido del bautismo conferido por los herejes.

Los montanistas, que en el Oriente se llamaban catafrigas, dieron en la estravagancia de rebautizar á todos los católicos que se pasaban á su secta, solo por manifestar con esta demostracion el desprecio que hacian de la Iglesia; sugeridos probablemente de Tertuliano, que al principio del tercer siglo se habia separado de la Iglesia católica por adherir infelizmente á sus errores. Irritados los obispos católicos, quisieron despicarse por los mismos términos, rebautizando á los montanistas que se convertian. Fundábanse en que creyendo estos herejes que Montano era el Espíritu Santo, parece que bautizaban en el nombre de Montano; pero en el concilio nacional de Sinada ó de Iconia se pasó mas adelante, pues se determinó que indiferentemente fuesen rebautizados todos los bautizados por los herejes de cualquiera secta; siendo esta con toda propiedad la verdadera época del rebautismo por los herejes. Toda la Iglesia habia seguido la práctica contraria por espacio de dos siglos. Sin embargo, algunos obispos africanos se declararon por la primera opinion, y sobre todo Agripino, que por aquel tiempo fué hecho obispo de Cartago. Cuarenta y ocho ó cincuenta años despues entró á gobernar la misma iglesia S. Cipriano, y como ya encontró intro-

ducida en ella esta costumbre, no quiso innovarla. Consultado por algunos obispos de Numidia sobre este punto, convocó en Cartago un concilio en que se hallaron treinta y dos obispos, y en él se declaró por absolutamente nulo el bautismo administrado por los herejes. Escribió S. Cipriano á un amigo suyo esta determinacion del concilio, y noticioso de que con ella se turbaban los ánimos en las provincias, convocó segundo concilio en la misma ciudad de Cartago, al que concurrieron setenta y un obispos, los cuales confirmaron la decision del primero, y encargaron á S. Cipriano que se la hiciese saber al papa. Ejecutólo el Santo; pero S. Estéban le respondió que no se debia innovar sino seguir la tradicion, y no rebautizar á aquellos en cuyo bautismo no hubiese intervenido otro defecto, que precisamente el haber sido administrado por herejes. Desagradó mucho esta respuesta á S. Cipriano; y escribiendo acerca de ella á su amigo Pompeyo, obispo de Sabrata, se esplicó en términos que muestran bien que los mayores santos no dejaron de parecer hombres en algunas ocasiones. Para el dia primero de setiembre de aquel mismo año convocó Cipriano otro tercer concilio en la misma ciudad de Cartago, llamando á él todos los obispos de su jurisdiccion, que era muy dilatada. Concurrieron cincuenta y ocho obispos en persona, y dos por sus procuradores. Dióse libertad á cada uno para que dijese francamente su parecer; pero aunque era tan numeroso el concilio, como no presidia en él la cabeza de la Iglesia, tampoco le presidió el Espiritu Santo; y fué confirmado el error como en los dos concilios precedentes. Nombráronse diputados que pasasen á Roma á dar noticia al papa de lo que habia decidido el concilio de Africa; pero S. Estéban ni siquiera quiso admitirlos á su audiencia. Interpuso sus buenos oficios con el papa S. Dionisio de Alejandria para que no escomulgase á los obispos de Africa y de Capadocia, que perseveraban en el error, como les habia amenazado; y poco despues condenó toda la Iglesia el error de los rebautizantes en el célebre concilio ecuménico de Nicea. S. Jerónimo es de sentir que S. Cipriano se retractó, y S. Agustín le parece esto muy verisímil. *Aunque no se halle, dice el Santo, que S. Cipriano se hubiese retractado, es muy probable que lo hizo; y no es imposible que suprimiesen su retractacion aquellos que no gustaban de ella.*

Permitió Dios, añade el mismo S. Agustín, que S. Cipriano se descaminase para que conociésemos que el entendimiento humano es limitado, y que los mayores ingenios han de fiar muy poco de sus luces. La infalibilidad no es privilegio de los parti-

culares, ni aun de los mas esclarecidos doctores; solo nos pone á cubierto del error un rendimiento total y sin reserva á las decisiones de la Iglesia. Si Cipriano se hubiera separado de esta, si hubiera combatido contra la fe, seguramente no le hubiera salvado el martirio; pero habiendo derramado su sangre por la Iglesia y dentro del seno de la Iglesia misma, lavó las faltas en que le hizo caer la escensiva adhesion á la disciplina de su iglesia particular, y el demasiado no muy respetuoso teson contra la cabeza visible de la Iglesia universal. Sea lo que fuere, continua el mismo Santo, si se levantó un vaporcillo de la humana fragilidad que oscureciese algun tanto aquella alma, por otra parte tan iluminada, presto le dispó el glorioso resplandor de su sangre derramada por Jesucristo, compensándose de esta manera la falta de luz en materia del bautismo administrado por los herejes, con la abundancia de su caridad y de su penitencia: *Ut si qua nebula in ejus lucidam mentem ex humana conditione irrepserat, gloriosa serenitate fulgentis sanguinis fugaretur.* Aun aquellos mismos que dan mas abundantes frutos de caridad pueden todavía conservar tal cual pua ó vástago silvestre, que tarde ó temprano arrancará el diestro labrador: *Qui fructu prævalent charitatis, possunt tamen aliquid habere purgandum, quod incultum agricola non relinquit.* Por tanto, si este hombre verdaderamente santo se engañó en la doctrina del bautismo conferido por los herejes, purgó bien este error, así con la abundancia de su caridad, como con la gloriosa muerte del martirio. *Quod vero ille vir sanctus, de baptismo aliter sentiens, quam se res habebat, et charitatis ubertate compensatum est, et passionis fuisse purgatum.*

Asegúrase que se apagó esta disputa viviendo aun el mismo Santo, y que los obispos de Africa retractaron su error, lo que confirma la opinion de que el mismo S. Cipriano le habia retractado.

Pero habiéndose renovado la persecucion contra los cristianos hácia el fin del año de 256 en tiempo del emperador Valerio, se volvió tambien á encender en el pecho de S. Cipriano el ardiente deseo del martirio. Para lograrle dió principio fortaleciendo á los cristianos con la elocuencia de sus sermones, con el fervor de sus conversaciones privadas y familiares, y publicando un escrito compuesto todo de sentencias y de palabras de la sagrada Escritura. Se tiene por cierto que tuvo revelacion de su martirio, y que por eso no se quiso esconder, aunque sus amigos le persuadian y le apretaban para que se pusiese á cubierto de la tempestad. Fué, pues, arrestado por orden del procónsul

Aspasio Paterno; y habiendo confesado delante de él á Jesucristo con heroica magnanimidad, fué desterrado á Curubio, ciudad distante diez ó doce leguas de Cartago. Los once meses que estuvo en ella los empleó en animar, consolar y esforzar á su pueblo con sus escritos, y con los desvelos de una solicitud verdaderamente pastoral. Volvió á llamar Galerio Máximo con orden de que no entrase en Cartago, y se quedase en una quinta que tenia cerca de la ciudad. En fin, el día 14 de setiembre del año de 258 mandó el procónsul que compareciese en su tribunal; preguntóle por su fe, por su condicion y por su generoso zelo que mostraba en favor de los cristianos, á cuyas preguntas solo le respondió estas precisas palabras: *Soy cristiano, y me glorio de serlo.* Confesó la fe de Jesucristo á presencia de un crecido concurso con tanta elocuencia y con tan heroica resolucion, que temeroso el procónsul de la impresion que podia hacer en los ánimos, mandó que en el mismo dia le cortasen la cabeza. Ejecutóse en un paraje llamado Sextil, pegado á los muros de Cartago, y el santo cuerpo estuvo espuesto por algun tiempo en el mismo sitio, hasta que los cristianos le enterraron en un lugar de las eras del procurador Cándido, donde con el tiempo se edificó en honor suyo una suntuosa iglesia. Despues fué trasladado á Arlés en tiempo de Carlo Magno; de Arlés á Leon, hasta que Carlos el Calvo le mandó llevar á Compiègne. Tenemos de S. Cipriano ochenta y una epístolas, con otros muchos tratados, y en todas sus obras se deja admirar su singular elocuencia.

SANTOS ROGELIO Y SERVIO DEO, MÁRTIRES.

ENTRE los ilustres mártires de Jesucristo, sacrificados al bárbaro furor de los mahometanos á mitad del siglo IX, en que movió Abderraman, rey de Córdoba, una de las mas crueles persecuciones que sufrieron los cristianos, se elogia con justísimo motivo el valor, la fidelidad y la constancia de S. Rogelio y Servio Deo, dignos de memoria eterna por la generosidad con que predicaron la fe de Jesucristo, sin temor de los paganos.

Aun no habian sacado de la cárcel para el suplicio los árabes á los dos ilustres mártires Emila y Jeremías, condenados á muerte no por otra causa que la de clamar contra la secta mahometana, cuando entraron en la misma prision Rogelio y Servio Deo, de quien nos dice S. Eulogio, escritor de sus gloriosas actas, que el primero fué natural de una aldea de Iliberi ó Granada, llamada *Parapanda*, monge de edad avanzada, aunque no señala

el monasterio ni religion que profesaba, y del segundo que fué un jóven que habia venido peregrinando á Córdoba del Oriente, sin determinarnos su patria.

La uniformidad en la religion, en los sentimientos y en las costumbres unió á los dos Santos con el vínculo de la amistad mas estrecha, en virtud de la cual hicieron ambos pacto de no separarse jamás por ningun caso hasta comprar el cielo con su sangre. Aunque por entonces gemian los cristianos bajo el yugo de los mahometanos, tenia el Señor fieles zelosos y leales, tanto en la ciudad como en la campiña de Córdoba, que se presentaban cada dia ante los jueces árabes con una santa intrepidez y con un valor verdaderamente admirable á confesar en alta voz á Jesucristo, y aprovecharse de la critica ocasion de su persecucion para sellar con su sangre las infalibles verdades de la religion cristiana. Quisieron Rogelio y Servio Deo imitar la generosidad de aquellos héroes, que dieron tanto honor á la Iglesia, con una resolucion tan laudable; y animados de un mismo espíritu, se presentaron en la gran mezquita de los moros (templo admirable por su magnificencia, por la multitud de sus columnas, por la preciosidad de sus mármoles y por la delicadeza de su arquitectura, que hoy vemos consagrado en la iglesia catedral) en uno de los dias que se hallaban ocupados en las infames ceremonias de su zala. Estaba prohibido á los cristianos bajo graves penas entrar en las mezquitas de los agarenos, porque pensaban éstos, llenos de preocupacion, que violaban aquéllos el suelo, y que inficionaban con el aire de su respiracion sus templos; pero despreciando los dos Santos semejantes prohibiciones, puestos en medio de la multitud comenzaron á predicar el Evangelio, y á declamar contra las mentiras y patrañas del falso profeta Mahoma, declarándoles los premios que Dios tiene prometidos á los creyentes de su santa ley, y los castigos con que el fuego eterno pena á los que cierran los ojos á la luz de su doctrina, viviendo envueltos en las crasas tinieblas de los delirios y de las necesidades.

No es fácil poder explicar la cólera que concibieron los bárbaros á vista de aquella resolucion, que graduaron por uno de los mas enormes atentados. Sin duda hubieran dado fin de los dos Santos en el acto á fuerza de los golpes y de las heridas con que los maltrataron arrojándose sobre ellos enfurecidos, si el juez, que se hallaba presente, reportando su furia con la autoridad de su juicio, no se los hubiera quitado de las manos. Luego que éste entendió la causa del enojo popular, convirtiendo el suyo contra los mártires, mandó ponerlos en la cárcel con duras prisiones; pero